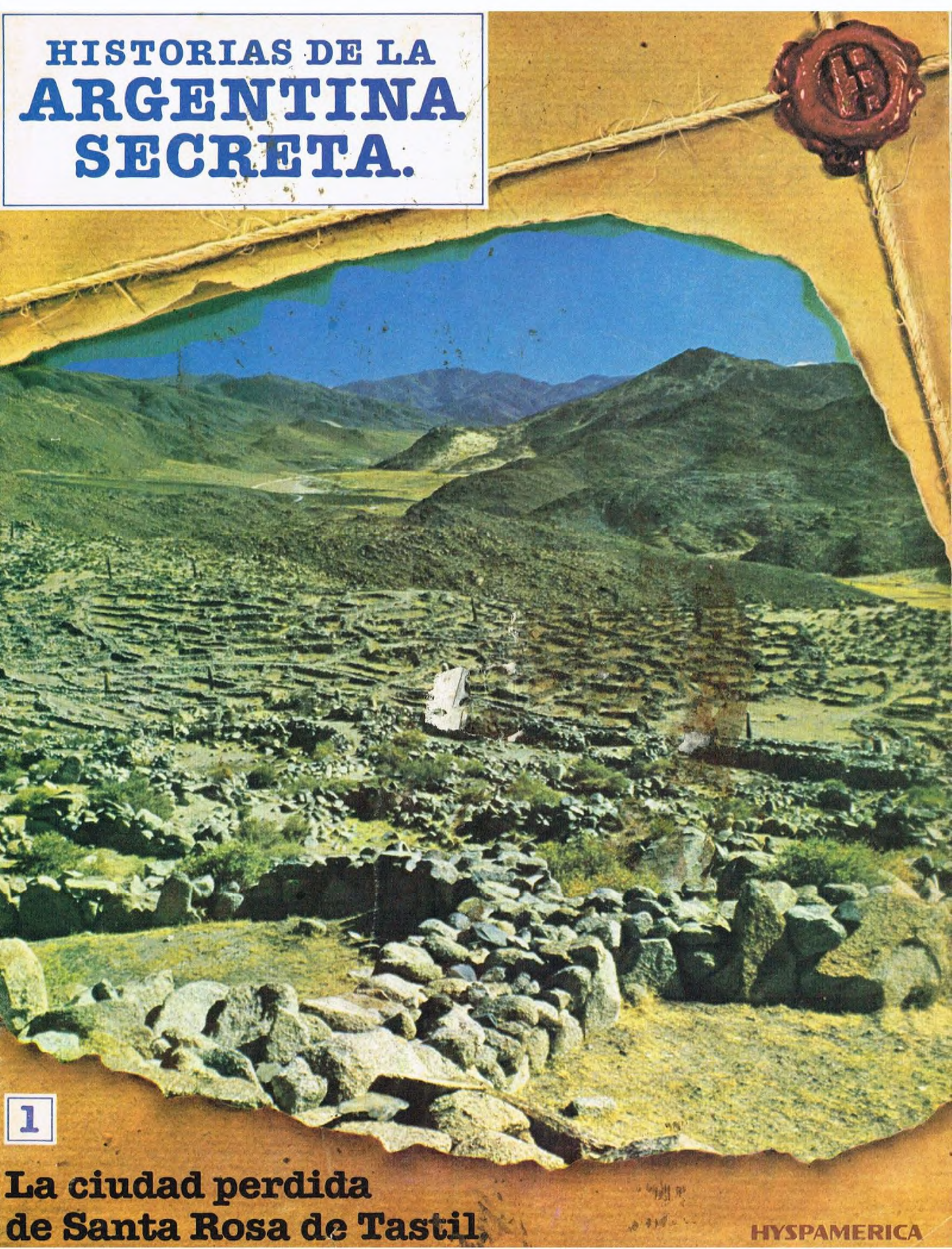


HISTORIAS DE LA
ARGENTINA
SECRETA.
1
La ciudad perdida
de Santa Rosa de Tastil
HYSPAMERICA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA.

PLAN DE LA OBRA

HISTORIAS DE LA ARGENTINA SECRETA es una colección documental de cien fascículos que aparecerán semanalmente. Cada veinte fascículos se formará un tomo. Las tapas para encuadernarlos saldrán a la venta con los números 20, 40, 60, 80 y 100. Con las contratapas de cada fascículo se podrá encuadernar, al finalizar la obra, el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** que contendrá, además, **LA ARGENTINA EN CIFRAS**, amplia colección de datos, estadísticas, descripciones físicas, sociales y económicas de las provincias argentinas. Se incluirán también mapas de valor histórico y geográfico de relevante importancia. Las tapas para encuadernar el **ATLAS DE LA ARGENTINA REAL** se pondrán a la venta al promediar la colección.



Cómo llegar: *Santa Rosa de Tastil está a 100 kilómetros de la ciudad de Salta. Se llega hasta allí por el camino que une Salta con Chile por los pasos de Huaytiquina y Socompa. El ferrocarril a Socompa pasa a sólo 16 kilómetros del emplazamiento de las ruinas, por el paraje denominado Puerta Tastil.*

Editor:
Raúl E. Paggi.

Consejo editorial:
Jorge Lebedev, Doctor Alcides Lorenzo, Ingeniero Alejandro Lorenzo, Stella Paggi.

Directores generales de la obra:
Otelo Borroni y Roberto Vacca.

Redactores:
Jorge Anitua, Carlos Inza, Diego Lagache.

Fotógrafos:
Ignacio Corbalán, John Fernandes, Jorge Vilariño.

Coordinadora editorial:
Haydée Valero.

Coordinadora de viajes:
Susana Tenreiro.

Diseño:
Lorenzo Amengual, Daniel Sozzani.

Cartógrafos:
Daniel Marín, Pedro Rotay.

Documentadora cartográfica:
Noemí Casset.

Jefe de diagramación:
Víctor Sarracino.

Diagramación y armado:
Pedro Charab, Luis Armando Castelvi.

Corrección:
Aurora Chiaramonte.

Jefe de producción:
Juan Carlos Calderoni.

Asistente de producción:
Francisco Antonio Ursino.

Recopilación de videotapes:
Mario Stillitani.

Editado por:
Hyspamérica Ediciones Argentina S.A.
Corrientes 1437, 4° piso
(1042) Buenos Aires
Tel. 46-4385/4419/4484

Distribución
Capital Federal:
Distribuidora Rubbo S.R.L.
Garay 4226/8, Buenos Aires
Tel. 923-4725

Interior
Hyspa Distribuidora S.A.
Corrientes 1437, 5° piso, Buenos Aires
Tel. 46-3904/4404

Canje por tomos encuadernados
Hyspamérica Ediciones Argentinas S.A.
Corrientes 1437, 5° piso
Buenos Aires
Tel. 46-6249/5197/4591

Fotocomposición:
Gráfica Publicitaria
Rivadavia 2358,
Tel. 47-0141/3239/48-4112

Fotomecánica:
Fotograbados Francograf S.A.
Combate de los Pozos 650, Buenos Aires
Tel. 38-5323/0285

Impresión:
Talleres Gráficos Ernesto Zeiss S.A.I.C.
Belgrano 4065/67 (1210) Buenos Aires
Tel. 981-5656/2731

ISBN: 950-614-496-6
ISBN: 950-614-497-4 (Tomo I)
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

La presente publicación se ajusta a la cartografía oficial, establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGM, ley 22.963 y fue aprobada por expediente número GGG 4020/101 de fecha 25 de agosto de 1986.

La ciudad perdida de Santa Rosa de Tastil.



Esta es la historia de una de las tantas ciudades perdidas de América. Un viaje al pasado del hombre argentino. Iremos en busca de un misterio. De enigmas y mensajes aún no descifrados. Estamos en Salta. En la Puna. En Tastil.



A medida que la camioneta se desliza por el camino, imitando su recorrido serpenteante e interrumpiendo el gran silencio de la Puna, la sensación de soledad aumenta y las preguntas se agolpan compartiendo el espacio con el paisaje. Es que aproximarse a una ciudad perdida despierta la imaginación. Se siente la necesidad de explicarse las razones por las cuales Santa Rosa de Tastil, uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del país, se ha transformado en un páramo que los hombres esquivan y la mayoría de los argentinos desconoce.

Ubicadas a unos 100 kilómetros de la ciudad de Salta y enclavadas entre los ríos Las Cuevas y Tastil, rodeadas de nevados que alternan su blancura con el gris y ocre de las serranías, las antiguas ruinas que alguna vez albergaron a 2.500 habitantes se presentan como un enigma a descifrar para los estudiosos. Pero también como un desafío para la sensibilidad de los argentinos contemporáneos. Tal vez por eso la imaginación vuele, superando el actual desamparo del poblado, y necesite recrear escenas donde los antiguos tastileños aparecen con sus ropas y sus bailes, con sus colores que desafían el yermo paisaje, con sus industrias en pleno desarrollo y sus proyectos. Con sus esperanzas y temores cotidianos.

Lentamente, a medida que el actual caserío se acerca y el camino acompaña el trazado del mitológico ramal ferroviario que une Salta con Antofagasta, aparecen en la memoria los acordes y los versos de *La tastileña*, interpretada por Ariel Petroccelli, que describen con maestría estos olvidos y esta ignota geografía norteña:

La palomita blanca de los nevados
vuela por Santa Rosa de Tastil,
y el río baja cantando
sabiendo que va a morir.

Y entonces, la necesidad de descifrar el mensaje de ese pueblo trabado por la historia ya se habrá convertido en el acuciante objetivo de este viaje a un lugar alguna vez poblado de voces y misteriosas bailarinas retratadas con talento sobre las rocas de un pueblo que estaba en la ruta de los incas.

Muerte y pueblo.

Pero el presente de Santa Rosa de Tastil no puede ser más sórdido y desalentador. El borde sudoriental de la Puna donde se aloja la ciudad preincaica ha sido denominado, no sin amarga ironía para sus asombrados visitantes, «la Roma sudamericana», debido a que el emplazamiento se encuentra rodeado por siete suaves colinas a las que no se puede culpar por la insólita comparación. Un poco más arriba del camino y ya cerca del poblado que ha sucedido en el tiempo a una verdadera y pujante ciudad ame-

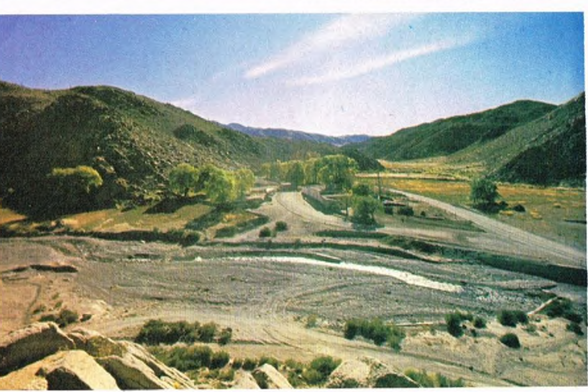
Un tiempo medido por años perdidos. Enigmas del pasado; angustias del futuro.



Mimetizándose con el pedregoso paisaje de la puna salteña, los veinte habitantes del caserío actual sobreviven gracias a una precaria explotación de cabras y a pequeños cultivos familiares. El pueblo, que vive en casas de barro y adobe, convive con las ruinas de antepasados que conocieron otras épocas de esplendor. El éxodo de los más jóvenes parece inevitable.

ricana, las cabezas erectas de dos llamas sobresalen por entre las piedras y un hombre se desplaza con dos mulas sendero abajo, interrumpiendo brevemente la sensación de extrema quietud que acompaña a la mirada. En realidad cuesta distinguir a hombres, cactus, animales y piedras: todos parecen pertenecer al mismo orden de quietud y silencio que caracteriza al enclave arqueológico, y todo sugiere que este lugar ha sido absurda e injustamente olvidado. Y hasta los elementos colaboran con la falta de memoria: a pesar de la aridez, a veces la lluvia se excede y el agua desborda los ríos y los arroyos para llevarse centenarias pircas edificadas con tiempo y esfuerzo.

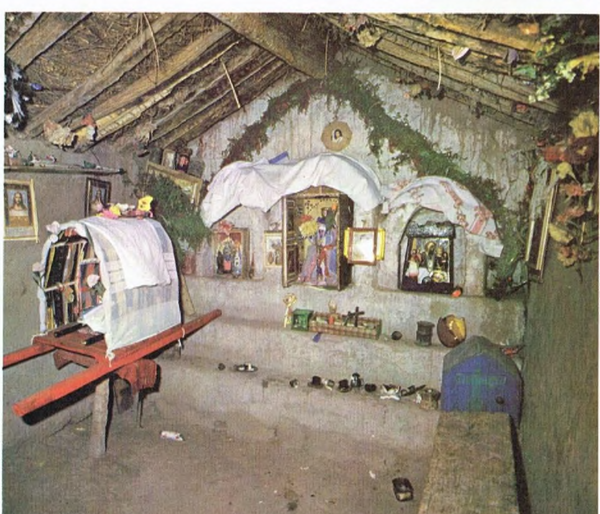
Instalados en una soledumbre acosadora y acorralados por un tiempo que los ignora, los nativos de este suelo observan imperturbables el paso de los años, mientras esperan en una vigilia de ojos abiertos y brazos cansa-



Siete colinas rodean el valle formado por los ríos Las Cuevas y Tastil. De acuerdo con las investigaciones, hasta hace cuatrocientos años vivían allí, en completa prosperidad, más de 2.500 personas. ¿Qué fue de ellas? ¿Cuál es el mensaje de sus petroglifos?





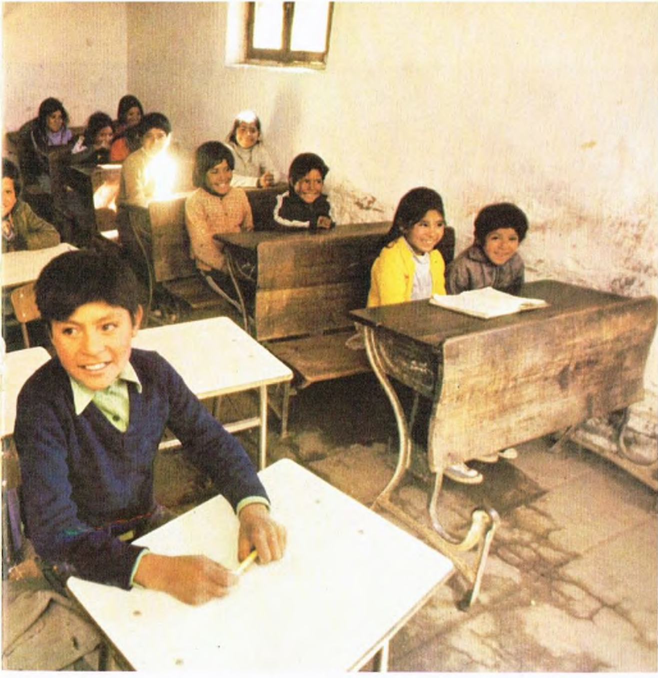


Todos los años, el 30 de agosto, una fiesta religiosa convoca a los vecinos de Santa Rosa de Tastil. Lo pagano se entremezcla con el rito católico. Pero todos los actos tienen un ruego común: buenas cosechas, buen clima, buenos animales, buena salud.

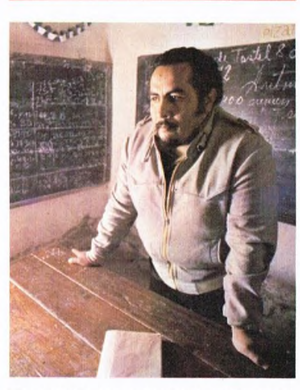
dos. Más allá, la civilización de estos días los destina a la anticipada muerte del olvido, los transforma por omisión en habitantes de la historia. Hombres, mujeres, niños sin presente.

El caserío actual.

Lejos de los poderes terrenales y de los otros, Santa Rosa de Tastil es un pueblo que se sobrevive a sí mismo. La iglesia, habitualmente cerrada, sólo se abre una vez por año para que algún sacerdote trashumante arribe con el fin de bautizar a los que llegan, despedir a los que se fueron y unir a quienes procrearán, a su vez, a otra generación de testigos silenciosos.
Actualmente la villa tiene veinte habitantes que luchan para no mimetizarse del todo con las piedras o no ser acorralados por los cactus. Unas pocas familias crían cabras y ovejas al tiempo que siembran papas, maíz, trigo o un poco de habas y arvejas a 3.200 metros de altura sobre el nivel del mar. Pero el deterioro es rápido y si uno quiere asegurarse acerca de la existencia del poblado es necesario visitarlo mes a mes ya que hace dos años sus habitantes no superaban los sesenta. En cambio, en 1960 los residentes regulares ascendían a 250.



La población desciende año tras año. Si no se hace algo, Tastil desaparecerá.



Una escuela con niños de futuro incierto y un maestro con alma bondadosa brindan al pueblo una posibilidad única de quebrar el silencio. El resto de las «instituciones» lugareñas se limita a una capilla, un boliche, el correo y el registro civil.

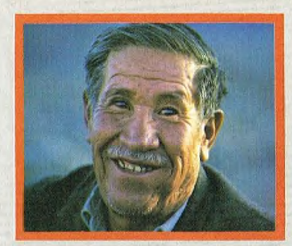
Empujados por las circunstancias, la mayoría se va para escapar al previsible destino que parece signar a este poblado de antiguos méritos hoy no reconocidos. Una escuela cuyo maestro enseña a treinta niños de variada edad, una iglesia que sólo resucita los 30 de agosto, una sala de primeros auxilios visitada periódicamente por un agente sanitario, y una estafeta de correo fugazmente comunicada con el mundo, constituyen el inventario de las instituciones que la República mantiene en el lugar. Y como para acentuar el aislamiento, en 1971 se llevaron el teléfono y en 1973 el telégrafo, al tiempo que la oficina de correos se transformó en simple estafeta. Su encargada, Elsa Zerpa de Barbosa, de 32 años de edad, memora las peripecias de una institución que se rige por los antiguos cánones de la tradición familiar: heredó el trabajo de su padre, Santiago Zerpa, quien a su vez recibió el mandato de manos de su padre Moisés Zerpa, fundador del correo en 1930. Ella es una de las cinco personas que recibe un salario en Santa Rosa de Tastil. El resto de los pobladores vive del difícil cultivo de dos o tres variedades vegetales y de la cría de cabras y ovejas que en todos los casos utilizan para consumo



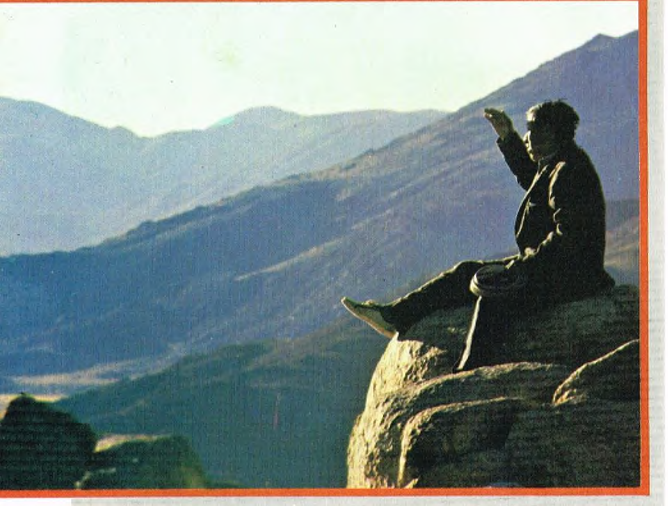
La casa del Cuchi Barbosa se convirtió en el último refugio de los entretenimientos para los tastileños. Allí se reúnen los músicos del pueblo; allí se realizan los esporádicos campeonatos de truco. También se juega al sapo. Es, casi casi, un club.

El custodio de las ruinas:

Cualquiera puede pensarse en la soledad.



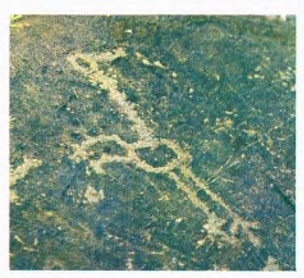
«Yo me crié todo en esta población indígena. En mi niñez se veían muchas cosas tiradas en la tierra como ser vasijas, herramientas, morteros... bueno muchas cosas muy valiosas que eran sólo conocidas por la gente del lugar. Y no les habíamos tomado importancia: esto nos llegó por los estudios de arqueología y antropología. Es que la gente ha sido inocente pero cuidaba las cosas, no permitía que levantaran nada para llevar a la casa, ni que destruyeran ninguna cosa. Cuando se descubrió esto hicieron propaganda de que se había descubierto una ruina importante, la segunda en Sudamérica. Entonces vino gente de Sudamérica y gente europea. Vinieron semanas y meses. Vinieron, cavaron y sacaron cosas. Cuando nombraron un cuidador, que soy yo, ya nos habían levantado muchas cosas. Principalmente las cosas que más habían empezado a trasladar estaban sobre la tierra: así puntas de flecha, morteros y después muchas cerámicas también. Algunas con pinturas. Igual pasó en las piedras rupestres, adonde están las grabaciones. Llevaron las piedras que se pudieron llevar». Don José Pedro Salazar, de 64 años de edad, es actualmente el cuidador de las ruinas de Santa Rosa de Tastil. *«Bueno, esta ciudad abandonada ha quedado una ciudad perdida. Se han ido en el año 1400 y pico y no se sabe la causa. Adónde se fueron. Por qué murieron. De ninguna forma se sabe qué es lo que pasó.*
Yo solo he trabajado en estas ruinas. Algunos días, cuando estaba con el turismo, estaba contento porque hay gente muy buena. Y después de eso me encontraba solo. Pensaba, y cualquiera puede pensarse en la soledad. Imagínese, en un nivel de 3.000 metros y algo, en una precordillera y solo. Un lugar desfavorable de todo: es triste».





propio, dentro de los márgenes de una economía de subsistencia.
Como otro eslabón de esta historia donde los olvidos se suman unos a otros sin límite conocido, es bueno saber que los vecinos logran dos horas de energía eléctrica por día, poniendo en marcha un pequeño grupo electrógeno que alguna repartición –también aquejada por la insólita epidemia de olvidos y despojos– dejó abandonado en el poblado al finalizar sus trabajos. Tampoco abundan entretenimientos para los sobrevivientes del caserío: apenas las cartas y el juego del sapo instalado en la casa del Cuchi Barbosa, un lugar que también oficia de comedor para ocasionales viajeros.
El ómnibus, que los jueves trae el diario y pasa una vez por día excepto los miércoles, se transforma en otra amenaza para la supervivencia del pueblito: más que una forma de comunica-

¿Por qué ese pueblo de tejedores y alfareros desapareció sin dejar rastros?



El calendario y La bailarina son los petroglifos que más se destacan. ¿Cuál es el mensaje de estas piedras grabadas? ¿Cuál es el significado de las estrellas talladas en los cantos rodados? Se trata de enigmas hasta el momento indescifrados.



ción es una cotidiana tentación para el éxodo de los más jóvenes. Un informe casi diario sobre realidades más alentadoras que las actuales.

Sobre guardianes y depositarios de misterios.

Pero es otro local del poblado, en este caso el Museo de Sitio, el que se constituye en depositario natural de todos los interrogantes, de todas las incógnitas que borbotean desde las peñas cercanas y desde las piedras que, más atrás y más arriba, brotan desde las ruinas de Santa Rosa de Tastil.
Tranquilo en el andar y el mirar, a veces locuaz y otras silencioso como sintiendo el peso de la misión asignada, don José Pedro Salazar, un criollo de 64 años, se yergue como patriarca de las ruinas. Ayudado por su hijo Víctor, de 33 años de edad, con quien se turna en el cuidado de las ruinas y el museo, don José espantó muchas veces a los hurgadores de tumbas y otras tantas obligó a huir a quienes pretendían robar piezas de imposible reposición. Amenazó una y mil veces a los traficantes de antigüedades y aventó a turistas extranjeros que pretendieron comprar su complicidad para depredar a gusto.
Criado entre las pircas de Tastil, don José demuestra su agilidad y su conocimiento de cada una de las piedras, que apenas roza, para elevarse con gracia y como flotando sobre los accidentes del escarpado terreno. Se detiene y espera, quizá por respeto a la inexperiencia de los visitantes, y mientras posa la mirada en algún lugar lejano mueve sus brazos señalando alternativamente a los cuatro rumbos: *«Hacia el norte se ve una grande montaña que está a 4.800 metros. Al pie de esa montaña se descubrieron cientos de hectáreas de cultivos que eran para el abastecimiento de esta ciudad. Y también se descubrieron poblaciones muy pequeñas. Aquí, cerca de 10 kilómetros. Al lado de las cuevas, que fue un lugar que se llama El Toro y en un sitio que se llama El Palomar, aquí en pueblo viejo. Y otro lugar hacia el norte que se llama Morohuate y así por estilo. Hay muchas poblaciones pequeñas dentro de una o dos hectáreas. Pero lo más grande es que Tastil era como una capital de esas poblaciones»*. Y es imposible no advertir un brillo en los ojos de don José Pedro Salazár, la reivindicación de pasadas grandezas que también le tocan.
«Estas ruinas fueron descubiertas en 1967 por el doctor Eduardo Cigliano –continúa Salazar– *y en el mismo año se hicieron algunos estudios, algunas*

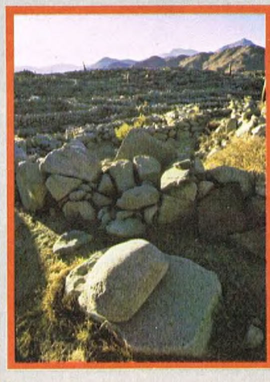


El valle de las ruinas.

Más allá de precipicios y caminos de cornisa, lejos de sonidos mundanos, pero cerca del silencio ancestral, las ruinas de Santa Rosa de Tastil nos proponen asomarnos al asombro. Un terruño que otrora fuera fértil y febril, hoy habla de intangibles soledades y de extrañas escrituras, mensajes indescifrados y la danza grácil de una bailarina que nos dice cosas que no entendemos.

Estamos en el borde sur y oriental de la Puna. Un lugar donde llueve poco pero, cuando lo hace, se inundan los valles, desbordan los ríos. Las correntadas suelen arrastrar las centenarias pircas. Pero el corazón de la ciudad se mantiene intacto en su laberinto sin techos, de paredes antisísmicas. Unico dato claro de la realidad de un pueblo también perdido en el tiempo.

Donde hubo calles y niños jugando, sólo queda la monotonía del canto rodado. En los espacios que correspondían a las habitaciones, apenas el rumor de voces ya perdidas en el tiempo. Ahora, tan sólo el trabajo de los arqueólogos puede trazar una aproximación a la vida real de los tastileños. La soledad del valle ayuda a cavilar sobre los motivos que podrían explicar su desaparición. Pese a ello, vestigios de su cultura afloran de las piedras de este inmenso rompecabezas de casas, terrazas y laberintos.







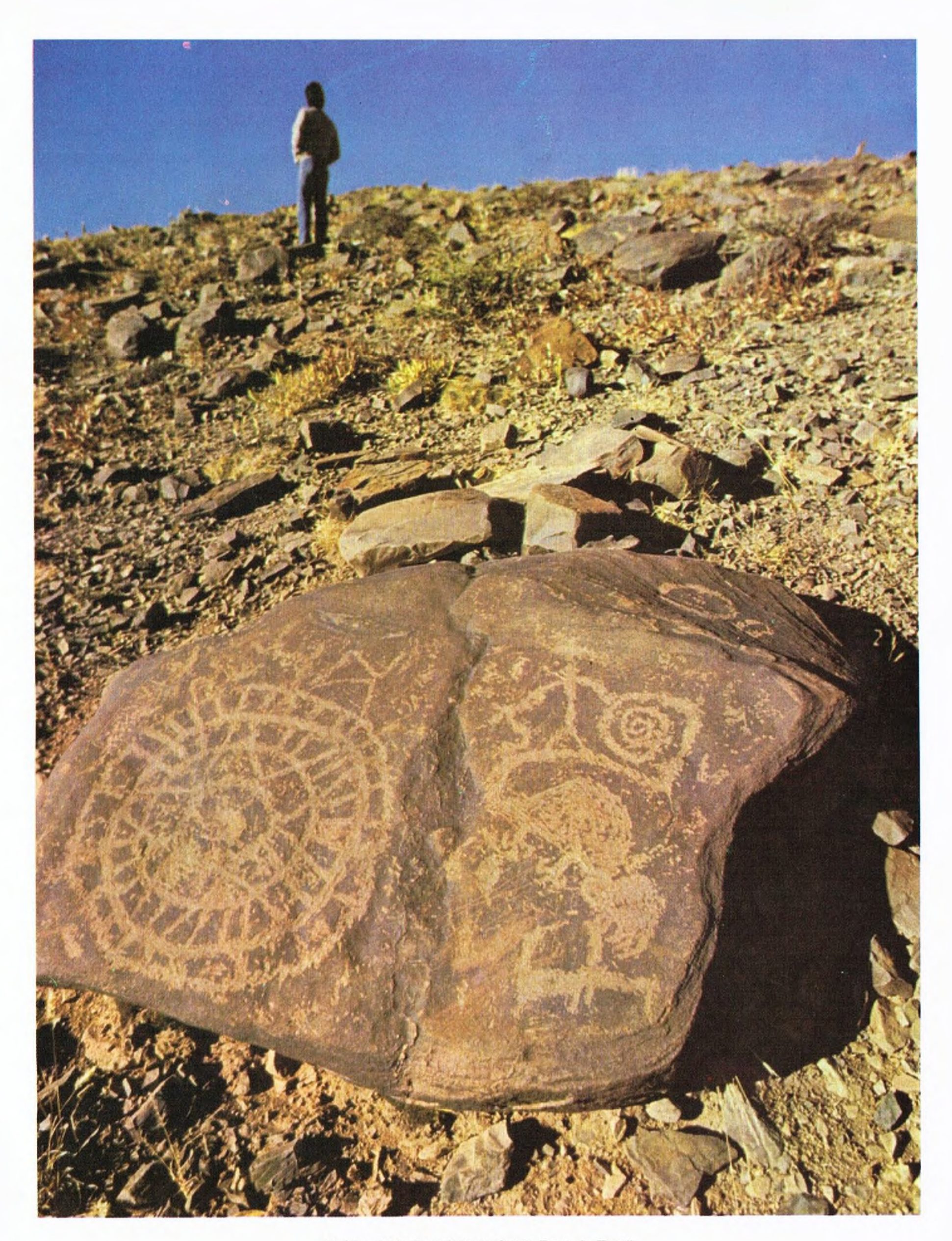
Hubo saqueos y depredaciones. Más una combinación de olvidos y descuido. Afortunadamente, quedaron los petroglifos.

excavaciones tanto en los basurales como en las habitaciones de las casas, donde enterraban a sus muertos. También son importantes los basurales, donde querían hacer excavaciones y descubrieron cosas importantes: allí aparecieron algunos tejidos, algunas herramientas, piezas de cerámica y armamentos, todos hechos de piedra, de madera y de tierra».

Tanta exaltación tiene fundamento histórico: el antiguo poblado precolombino está estratégicamente ubicado ya que desde allí se domina la quebrada del Toro, que a lo largo de sus 150 kilómetros desde el cerro Chañy –de 6.300 metros de altura– comunica con el importante valle de Lerma. Pero además esta quebrada, siguiendo por la puna jujeña, tiene acceso a Bolivia a través de la quebrada de Las Cuevas y se conecta rápidamente con Chile; tanto que aún hoy se traslada ganado a pie por ese camino hasta San Pedro de Atacama. Ahora se sabe que Tastil fue la concentración humana más importante de toda la región: ni la quebrada de Humahuaca, ni el valle de Santa María de Catamarca lograron igualarlo. En dimensión urbana, número de viviendas y densidad poblacional.

Vida cotidiana.

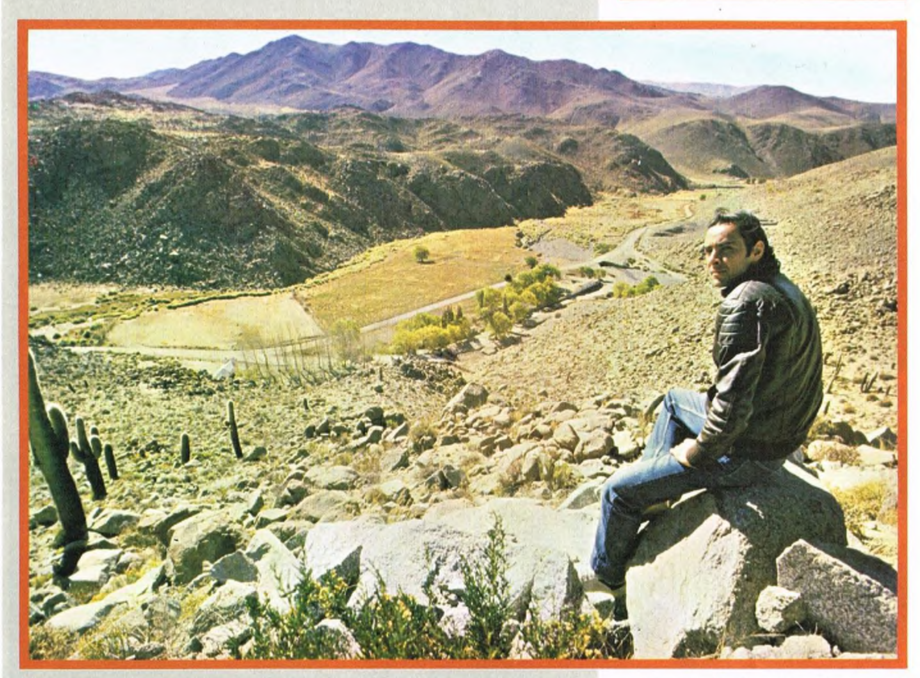
Todo parece indicar que las viviendas precolombinas de Santa Rosa de Tastil –que tuvo su época de esplendor entre los años 1200 y 1440 de nuestra era– se construyeron de acuerdo a determinada planificación urbana y siguiendo como ejes a algunas de las plazas que existen en el pueblo. Desde lo alto, Tastil semeja un laberinto dibujado por la luz que contornea las cimas de las paredes que aún



11 / La ciudad perdida de Santa Rosa de Tastil.

La vida aún surge de los misteriosos petroglifos.

Los vecinos protegen las ruinas del acoso de turistas y anticuarios.



Luis Eduardo Santillán es técnico en museología y en la actualidad se desempeña en el Museo Arqueológico de Salta, pero anteriormente vivió y trabajó por un tiempo en Santa Rosa de Tastil.

«Mucha gente, tal vez por sacar un recuerdo o por ignorar el valor histórico que esas piezas representan, trata de sacar cosas, dando lugar a un daño irreparable. Esto no solamente destruye el valor histórico de las piezas sino que también hace imposible realizar luego trabajos de una manera metódica. Dentro del sitio habitacional y en los cerros de los alrededores donde están ubicadas las terrazas de cultivo, se hallan gran cantidad de grabados rupestres o petroglifos realizados exclusivamente en un tipo de roca denominada cuarzo-albito-cerita que es la más adecuada por su forma y características. Se usaban como herramientas trozos de piedras de mayor dureza, con técnicas de raspado y percusión. En los grabados predominaban representaciones de auquénidos (llamas, vicuñas, guanacos) y también hay figuras humanas en actitudes diversas como cazando, bailando, tocando música o domesticando animales. También pueden encontrarse representaciones de máscaras, cráneos, serpientes bicéfalas y en forma de dragón. O incluso de aves, avestruces y algunas figuras geométricas. Una de éstas, llamada El calendario, muestra cuatro círculos concéntricos en cuyo interior hay una estrella de cinco puntas».

quedan en pie. Sus viviendas eran de dos tipos bien diferenciados: las más grandes en el centro del poblado, las pequeñas en la periferia. Las primeras contaban con una habitación principal o cocina que comunicaba por un lado con los dormitorios y por otro con el patio. En todos los casos se realizaron con piedras ensambladas sin argamasa, pudiéndose observar que las grandes eran calzadas con otras más pequeñas con el fin de obtener mayor solidez en la construcción. Los muros originales eran de dos metros de alto y uno de espesor, pero todavía no se sabe qué material cobijaba a los tastileños, si bien el doctor Cigliano sugiere que podría haber sido cuero o algún tipo de tejido.

Lo más curioso es que Tastil carece de cementerio. Cada casa, en su patio, contiene un enterratorio. Según la



costumbre andina de enterrar a los adultos en *cistas* –construcciones circulares de piedra– y a los niños o párvulos en herméticas urnas de cerámica tosca, los tastileños se negaban a desprenderse de sus muertos y preferían cohabitar con ellos en los límites de su propia vivienda, sellando la continuidad generacional y el afecto con una costumbre de profundo contenido humano e histórico.

El estudio de los restos óseos demuestra que en Tastil vivían representantes de dos grupos étnicos bien diferenciados: ándidos y pámpidos, y que también adoptaron hábitos de origen amazónico, como el uso del arco y la flecha. A la vez, desarrollaron un importante centro industrial, tal vez el de mayor envergadura del noroeste argentino en cuanto a las actividades textiles, metalúrgicas, tallado de madera, huesos y cestería. Debido a su desarrollo y ubicación geográfica, Tastil mantuvo una gran comunicación con los otros pueblos de los valles y los de la Puna, Chile y el Chaco, tal cual puede observarse contemplando los objetos exhibidos en el Museo de Sitio de Santa Rosa de Tastil y en el Museo de Antropología de Salta Doctor Juan Martín Leguizamón.

Como corresponde a su nivel de desarrollo, la población de Tastil también encontró tiempo para las artes, actividad sin la cual difícilmente pueda asegurarse que una cultura corresponde a los humanos. Y aunque lamentablemente se desconozca cómo expresaban sus afectos, amores y odios, alegrías y tristezas, no quedan dudas acerca de su actividad musical, sugerida por la aparición de flautas de pan, cascabeles de nueces, tubos de cornetas y ocarinas. Tampoco desdeñaron la plástica, vocación que ha quedado contundentemente grabada en los famosos petroglifos donde los artistas tastileños dejaron sus impresiones acerca de bailarinas, cacerías, ceremonias de tipo religioso y de los animales con los cuales compartían su propio tiempo y espacio.

De saqueos y otras tribulaciones.

Al igual que en nuestros días, la ciudad carecía de muros que la defendieran. Tenía varias plazas con claras finalidades ceremoniales o comerciales. Aún hoy pueden observarse recintos especialmente destinados a la molienda de granos, con sus morteros en perfecto estado de conservación. De acuerdo a los trabajos que

Valiosas piezas de museo atestiguan la forma de vida de los tastileños.



Urnas funerarias halladas en el interior de las casas muestran la compleja y particular organización social de los tastileños, que convivían con sus muertos. En los museos se pueden admirar husos, morteros y diversas rocas talladas.



La bailarina de Santa Rosa de Tastil encierra una gran riqueza artística cuyo verdadero significado se nos escapa. Mucho más sencillos, los fragmentos de tejidos hablan de un pueblo que también dominaba a la perfección el arte textil.

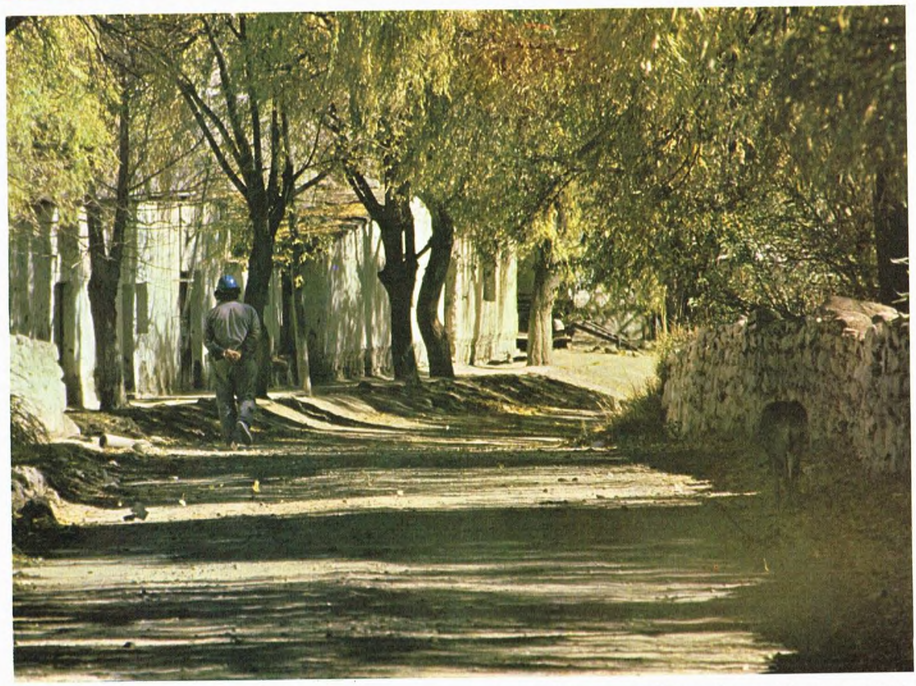


dirigió Eduardo Cigliano, meritorio investigador de la Universidad Nacional de La Plata, el análisis de los ajuares funerarios permite suponer que la sociedad tastileña estaba estructurada de acuerdo al modelo de organización patriarcal.
Sujeta al paso del tiempo y a la indiferencia de quienes debían velar por su conservación, parte de la riqueza arqueológica de Santa Rosa de Tastil ha dejado de pertenecer a sus legítimos dueños –los habitantes del pueblo, o en todo caso instituciones provinciales y nacionales– para convertirse en botín de coleccionistas particulares, tanto argentinos como extranjeros. Sin embargo queda el consuelo de saber que el área exhumada alcanza sólo al treinta por ciento del total de las ruinas. Estas investigaciones, a la muerte de Cigliano, quedaron suspendidas sin que nadie las continúe. ¿Puede hablarse de una cultura tastileña, de una contribución original a los hábitos, costumbres o ideas de los hombres? En las doce hectáreas laberínticas –una ciudad sin techos es por definición un laberinto– se hallaron casas, calles y plazas, depósitos, sitios de molienda, patios ceremoniales, centros comerciales, enterratorios familiares. Con casas preparadas para resistir movimientos telúricos. Con un pueblo preparado para ejecutar melodías y bailar. Con gentes que se adornaban, maquillaban, vestían con ropas cotidianas y de gala, que tenían caries y comían carne asada de llamas. Que acompañaban su vida con perros que eran enterrados junto a sus dueños, creídos de que luego vendría un largo viaje durante el cual extrañarían su presencia. Se sabe de ellos que cultivaban la tierra y que también la regaban artificialmente. Que domesticaban la llama y el perro, que aprovechaban la lana de los camélidos, pero también recolectaban huevos de ñandú. Por otra parte la pre-



15 / La ciudad perdida de Santa Rosa de Tastil.

La población no era guerrera: la ciudad carecía de muros de defensa. Pero había muchas plazas, indicios de una intensa actividad ceremonial y comercial. ¿Qué pasó con Tastil?



sencia de moluscos provenientes del Pacífico atestigua su relación con otras tierras.
Esta ciudad –cuyos habitantes conocieron los cascabeles antes que los trajeran los españoles– está esperando que alguna institución nacional continúe la obra comenzada por Cigliano y custodiada por don José Salazar. Pero también espera que los argentinos de hoy se asomen a sus restos no para satisfacer una necesidad museológica o simplemente turística, sino para hurgar en las raíces del hombre americano. A través de sus códigos y de sus símbolos, ocultos detrás de paredes semiderruidas y de morteros. De música secretamente guardada en sus flautas y de mágicas bailarinas hoy inmovilizadas en un petroglifo.
Es necesario aventurarse y verificar personalmente si aún hoy, parte de nuestra identidad no deambula silenciosamente por las calles de Santa Rosa de Tastil, la ciudad perdida del noroeste argentino. A semejanza de otras grandes ciudades del continente, como Teotihuacán en México, nadie sabe aún por qué una cultura aparentemente floreciente dejó de existir y sus miembros se perdieron en la noche, como un fantasma sólo agitado por investigadores apasionados y cuidadores mimetizados con el paisaje. Quizá por no elegir el camino de las guerras, tal vez por dificultades insalvables para conciliar medio ambiente, cantidad de habitantes y producción de alimentos. Seguramente nunca lo sabremos, tal vez la más cercana de las hipótesis apenas rozará el misterio y entonces, como siempre, quedará la poesía para internarse en senderos donde los hombres balbucean bellamente acerca de lo desconocido:

Alta suelta la luna su marfil
y es blanco el sueño que sueña
Santa Rosa de Tastil.

Santa Rosa de Tastil. Pasado y presente. Una historia indescifrada y una realidad actual también signada por el olvido.
En las calles del pueblo de hoy, en sus dos decenas de habitantes, también se encierra un enigma. Un desafío al futuro que todos debemos asumir. Si no logramos mantener vivo a este pueblo en la época que vivimos, no merecemos, sin duda, conocer su historia. Ni descifraremos jamás el legado de esa antigua cultura.

JUJUY: la alegría de la puna, los valles y las quebradas.

En Jujuy —que en dialecto coya significa "alegría"— se distinguen nítidamente cinco regiones: el altiplano, la quebrada, el cordón selvático tucumano oranense, el valle de los ríos San Francisco y Lavallén, y las serranías subandinas.

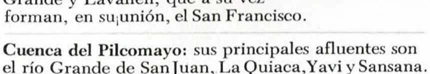
Superficie total de la provincia: 53.219 kilómetros cuadrados.



Porcentaje en relación con el total continental del país: 1,90 por ciento.

Ríos, arroyos, lagunas.

Cuenca del Bermejo: los ríos Negro, Ledesma, San Lorenzo, Zora y de las Piedras vuelcan sus aguas en el Grande y Lavallén, que a su vez forman, en su unión, el San Francisco.



Cuenca del Pilcomayo: sus principales afluentes son el río Grande de San Juan, La Quiaca, Yavi y Sansana.

Cuenca de ríos sin salida al mar: los ríos Miraflores, de las Burras y Picuno, desaguan en la laguna Guayatayoc; el Cincel y el Santa Catalina en la laguna Pozuelo y el río Rosario vuelca sus aguas en el salar de Olaroz y el Cauchari.

Vientos, temperatura y lluvias.

Altiplano: clima árido, seco, con tormentas de vientos fríos. Lluvia media anual: 320 milímetros. Temperatura máxima: 30 °C. Temperatura mínima: 14 grados bajo cero. Temperatura promedio: 11 °C.

Zona boscosa subtropical: clima seco, con lluvias estivales y vientos del sudeste. Precipitación media anual: 900 milímetros. Temperatura máxima: 30 °C Temperatura media: 23 °C. Total del lluvias caídas al año: 879 milímetros.

Alturas medias sobre el nivel del mar.

Altiplano: 3.500 metros.
Cordón selvático tucumano oranense: 2.500 metros.
Quebrada: 2.000 metros.
Serranía subandina: 1.500 metros.
Valle: 300 metros.
Mayor altura: Nevado de Chani, de 6.200 metros.
Dato curioso: la meseta de la puna sólo es superada en altitud, en todo el mundo, por las existentes en el Tibet, Asia.

ALGUNAS DISTANCIAS
(Terrestres, a través de los caminos y rutas más accesibles).

Desde Jujuy	Kms.
Abra Pampa	217
Aeropuerto Internacional "El Cadillal"	27
Casabindo	285
El Carmen	25
Huacalera	98
Humahuaca	129
Iturbe	161
Lagunas de Yala	27
La Quiaca	292
León	23
Lib. Gral. San Martín	112
Lozano	18
Maimará	74
Monterrico	35
Palpalá	20
Perico	30
Puesto del Marqués	242
Pumahuasi	271
Purmamarca	62
Reyes	6
San Antonio	31
San Pedro	65
Santa Catalina	350
Termas de Reyes	19
Tilcara	84
Tres Cruces	188
Tumbaya	45
Uquía	115
Valle Grande	204
Volcán	39
Yala	13
Yavi	316
Salta (cornisa)	94
Cabra Corral	176
Cachi	247
Cafayate	277
General Güemes (Ruta 34)	81
San Antonio de los Cobres	262
San Carlos	306
San Lorenzo	103
Rosario de la Frontera (Ruta 34)	170
Buenos Aires	1.640
Córdoba	951
Rosario	1.359
Salta (por Güemes)	132
Santiago del Estero	511
Tucumán	350


REPUBLICA
ARGENTINA
Mapa político
1 cm = 300 km
REPUBLICA DE BOLIVIA
REPUBLICA DEL PARAGUAY
REPUBLICA FEDERATIVA DEL BRASIL
REPUBLICA DE CHILE
REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY
TROPICO DE CAPRICORNIO
PCIA. DE JUJUY
PCIA. DE SALTA
PCIA. DE FORMOSA
PCIA. DEL CHACO
PCIA. DE MISIONES
PCIA. DE CORRIENTES
PCIA. DE CATAMARCA
PCIA. DE TUCUMAN
PCIA. DE SANTIAGO DEL ESTERO
PCIA. DE LA RIOJA
PCIA. DE SAN JUAN
PCIA. DE CORDOBA
PCIA. DE SANTA FE
PCIA. DE ENTRE RIOS
PCIA. DE SAN LUIS
PCIA. DE MENDOZA
PCIA. DE LA PAMPA
PCIA. DE BUENOS AIRES
PCIA. DEL NEUQUEN
PCIA. DE RIO NEGRO
PCIA. DEL CHUBUT
PCIA. DE SANTA CRUZ
TERRITORIO NACIONAL DE LA TIERRA DEL FUEGO, ANTARTIDA E ISLAS DEL ATLANTICO SUR
ASUNCION
I. Apipe (ARG.)
I. MARTIN GARCIA (Arg.)
SANTIAGO
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO
OCEANO PACIFICO SUR
OCEANO ATLANTICO SUR
MAR ARGENTINO
ISLAS MALVINAS (Arg.)
ISLA DE LOS ESTADOS
HORNOS
MAR DEL SCOTIA
ISLAS GEORGIAS DEL SUR (Arg.)
ISLAS SANDWICH DEL SUR (Arg.)
PASAJE DE DRAKE
ISLAS SHETLAND DEL SUR
I. ELEFANTE
I. CLARENCE
ISLAS ORCADAS DEL SUR (Arg.)
I. JOINVILLE
I. ROSS
ARCHIPIELAGO DE PALMER
ANTARTIDA ARGENTINA
BELGRANO
PENINSULA ANTARTICA
ISLA ALEJANDRO I
MAR DE WEDDELL
MAR DE BELLINGSHAUSEN
CIRCULO POLAR ANTARTICO
Barrera de hielos Ronne
ISLA BERKNER
OESTE DE GREENWICH
ESTE DE GREENWICH
ANTARTIDA
POLO SUR
N
S
E
O
Capital de nación
Límite internacional
Límite del lecho y subsuelo
Límite exterior del Río de la Plata
Límite lateral marítimo
Límite interprovincial
Aguas interiores
Mar Territorial Argentino (12 millas)
Límite de la plataforma continental
Zona económica exclusiva (200 millas)